

Para quién me encuentre

Mario Alberto Morales González

No sé cómo empezar las líneas últimas que salgan de mí. En mi mente se visualizaban tan fáciles que parecía una tarea tan sencilla plasmar mi despedida, pero ahora todo es una enredadera mental. Mis pensamientos son repentinos pero constantes, sale uno detrás del otro. Parece un *collage* psíquico. Mi cabeza parece un atardecer en el que surcan cientos de aves buscando refugio para pasar la noche.

Sentirme así me frustra demasiado. No encontrar claridad en mi pensar, no poder ordenar todo lo que revolotea dentro de mi mente. Dañan cada día mis ganas de seguir en este plano. He intentado de mil maneras, he ido con disques expertos en lo que siento, sin embargo ninguno de esos especialistas ha dado en el clavo; al contrario me confunden más.

No es que yo quiera sentirme de tal forma, es inefable como inmarcesible el que mis emociones tengan una variabilidad tal que tenga que doparme para calmar aunque sea un poco el dolor que me produce todo esto.

Sé que tal vez no he sido buena persona, que llego a lastimar a los demás. Créanme que no es mi intención, esto me sobrepasa en variadas ocasiones o tal vez en la mayor parte del tiempo. Los pensamientos autodestructivos a veces ganan la partida sobre los pacíficos, terminando por lastimar a otros, como a mí.

El último psiquiatra que me vio dijo que no era mala persona. Que tenía una enfermedad mental, que los pensamientos que, como enjambre, se movían en mi cabeza no eran sino voces. No entendí del todo aquello que me dijo ese doctor con cara de pendejo. Así que no le di importancia alguna y le seguí la corriente.

Empecé por lacerar mis brazos. Al principio lo hice con fragmentos de botellas de vidrio, pero no era lo que yo buscaba: matar por fuera lo que siento por dentro. Al no satisfacer esta necesidad opté mejor por las navajas de afeitar. Delgadas, fáciles de esconder y de usar. Los cortes eran algo profundos, cortaba a lo ancho. Sentir cómo se iba separando la carne y la piel, me mojaba con mi sangre y el dolor pulsante del brazo mitigaba un poco el suplicio de mi cabeza. Era como si esa sangre que derramaba fuera agua para apagar al fuego. Un instante breve duraba la calma. Por eso necesitaba cortar muchas veces. Casi siempre volvía abrir las heridas pasadas ya que las incisiones tapizaban mis antebrazos y parte de mis bíceps, ya no había lugar virgen.

Al tiempo de hacerlo disminuyó ese alivio tan anhelado. Opté por probar con las piernas.

Rasgué al principio mis muslos. El efecto fue el esperado, pero no duró mucho ya que me agarraron in fraganti. Fue el inicio de unas vacaciones en el nosocomio mental.

De esa etapa no tengo recuerdos claros, todo está borroso, como entre neblina espesa. Destellos iluminan un breve espacio de la memoria, refractando la remembranza de esa estancia hospitalaria. Lo poco que viene a mi memoria es el intenso frío que hacía. Sentía esa soledad, pero dentro de esa habitación se potenciaba en demasía, sería porque se fusionaban esa soledad con el abandono, haciendo una bola de nieve gigante que rodaba tras de mí.

Había ocasiones que sentía que alguien allanaba el cuarto, de pronto percibía un cuerpo junto a mí, en mi oído su respiración jadeante era presente, como la de un animal, hacía oscilar la parte media del cuerpo al tiempo que balbuceaba palabras que escapan al recuerdo. Son solo chispazos de lo ocurrido. El tiempo que habité me es una total incógnita. Un día decidieron darme de alta, con mi dosis medicinal diaria.

Tiempo después me enteré, por pláticas ajenas, que el manicomio fue protagonista de escándalos sexuales, al parecer algunos trabajadores se aprovechaban de que las drogas suministradas noqueaban a los pacientes.

Nadie preguntó si yo fui víctima de tan atroz suceso. Creo que en mi estado mi palabra no sería tomada con veracidad. En realidad ni yo sé. Solo sé que al salir de ahí nada cambió, al contrario mi estabilidad mental y emocional se fueron al carajo sin dejar rastro alguno. Toda cordura se esfumó como humo de cigarrillo.

Soy solo cáscara, una envoltura vacía. El dulce que había en el interior ha sido consumido por las voces que siguen revoloteando. Deambulo por inercia en este bátratro que se ha convertido en mi hogar. Por así decirlo, me «acostumbré» a toda esta mierda mental.

Si tú estás leyendo esto tal vez te preguntes por qué me encontraste en esta situación si me habitué a vivir con tanto dolor interno. En verdad no te aclimatas del todo. Solo conoces que tarde o temprano vendrá ese bajón de ánimo y tratarás de menguarlo con heridas físicas, alcohol, drogas y todo lo que sirva para maquillar esta realidad.

No se culpen por esto. Ustedes no son responsables de mi decisión, de haber aniquilado a los monstruos de mi cabeza que flagelan mi espíritu. Estoy con un cansancio inmenso. Mi fatiga mental pide a gritos el refrigerio. No sé qué me depare cuando esto acabe. No creoirme al infierno porque de él busco salir...